

art buchwald

LA CIENCIA DE CONTAR MULTITUDES

WASHINGTON.—Ahora que la campaña presidencial está en su apogeo, estamos empezando a recibir los primeros informes acerca de las multitudes que escuchan a los candidatos. Calcularlas es una de las ciencias más exigentes y puede tener un tremendo efecto psicológico en el resultado de las elecciones.

Charlé con Selwyn Shacainery, el conocido calculador de multitudes, y me dijo:

—En cuanto al público, esta campaña presidencial será tan interesante como cualquier otra de la historia norteamericana.

—¿Cómo es eso?

—Este año tenemos factores que no tuvimos antes. En el pasado, uno calculaba que la mayor parte de las personas que iban a oír a un candidato estaban a su favor. Pero este año acude más gente a manifestarse contra el candidato que a escuchar lo que dice.

—¿Va usted a incluir a los manifestantes como parte de la multitud que atrae un candidato?

—Naturalmente. Hay que hacerlo. Una multitud es una multitud, y yo no tengo que analizar las razones que la impulsan. Mi trabajo consiste en calcular el número de los presentes, y si puedo conseguir una cifra exacta, con una diferencia de cien mil más o menos, he realizado mi tarea.

—¿Hay mucha fluctuación en los cálculos?

—Sí, cuando se trata de una elección. Antes de la era del calculador profesional de multitudes los órganos de publicidad dependían de cifras dadas por la policía. En una ciudad demócrata, los republicanos llevaban las de perder, y en una republicana ocurría lo contrario. Pero ahora, gracias a la nueva ciencia de contar multitudes, es imposible hacer eso. Cada candidato toma a su servicio a su propio calculador, y las cifras son oficiales.

—Pero si usted es pagado por un candidato oficial, ¿no son sospechosas sus cifras?

—En absoluto. Todos los calculadores profesionales prestan juramento de que dirán la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Nuestras normas éticas son muy elevadas, y si comprobamos que uno de los nuestros está faltando a su juramento, será sancionado.

—¿Cómo hace usted para calcular una multitud en una campaña presidencial?

—Primero se revisa la ruta que el candidato va a seguir. Luego se multiplica el ancho de las aceras por la longitud y se calcula cuántas personas pueden ocupar ese espacio. A esto se suman las plazas donde aparecerá el candidato y luego se añade un diez por ciento a la cifra que el candidato contrario dio como la de sus oyentes. Una vez obtenido el total, se da inmediatamente a la prensa.

—Desde luego, para hacer eso hay que ser un experto...

—Es algo muy especializado. La mayoría de los candidatos prefieren visitar una ciudad a la hora de la comida, y esto complica los cálculos, porque uno no puede estimar cuántas personas irán a comer o a escuchar al candidato. ¿No es así?

—Supongo que sí.

—Pues se equivoca usted. Si alguien decide ir a comer en el momento en que el candidato está de visita, es contado, quíeralo o no.

—Entonces, si usted es republicano y Humphrey llega a su ciudad, ¿lo mejor es no salir a la calle hasta que se vaya?

—Así es. Y si usted es demócrata y llega Nixon, lo mejor es que ni siquiera se asome a la ventana...

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zedways.)

ción de este tema, sino a una revisión completa de las cuestiones de revolucionarismo y comunismo, como son las relaciones de la URSS con China, con Albania, con Cuba y con Yugoslavia, la necesidad de apoyar a las fuerzas revolucionarias del mundo que hasta ahora los partidos comunistas combaten —con la excepción de los italianos, partidarios ya de que en los congresos y reuniones mundiales comunistas se invite a representantes de otros movimientos revolucionarios—, las relaciones de la URSS con los Estados Unidos y una serie de puntos doctrinales que están hoy en plena discusión. Los partidos comunistas occidentales están seriamente preocupados por la aparición de movimientos considerados como anar-

co-sindicalistas, fidelistas, maoístas u otras etiquetas, pero que en realidad —creen ellos— son fondos revolucionarios marxistas que se han desgajado de la rama central como consecuencia de la conducción de la política de «coexistencia pacífica» al centro de la lucha ideológica, a la inversa de lo que se había proclamado (por Krutchev). Dada la actual posición del Partido Comunista de la Unión Soviética, la reunión no hubiese conducido a nada práctico sino, al contrario, a una exposición de divergencias de puntos de vista. La tendencia es la de aplazar la reunión hasta que previamente la URSS y Checoslovaquia hayan resuelto sus problemas mutuos y se pueda volver a hablar de «internacionalismo proletario» en un contexto más coherente que el actual.



THOMAS PAYNE, SUCESOR DE WEBB, Y CHARLES HARPER, ADMINISTRADOR DELEGADO DE LA N. A. S. A.

EL SENADO CONTRA LA N. A. S. A. Dimite James E. Webb, el «patrón»

La escandalosa dimisión de James E. Webb, «patrón» de la Administración Americana para la Aeronáutica y el Espacio (N. A. S. A.), es la culminación de un conflicto que ha enfrentado desde hace dos años a toda la comunidad científica del país con los senadores de Washington.

En 1966, año en que los experimentos «Gemini» apasionaron a las multitudes, el presupuesto de la N. A. S. A. fue más importante que nunca: mil cien millones de dólares fueron a parar a la agencia que proseguía los estudios de múltiples proyectos. La realización de estaciones-órbita (programa de las «Apollo Applications»), la construcción de satélites científicos muy complejos y, sobre todo, un ambicioso programa de exploración de planetas lejanos como Venus o Marte, fueron estudiados por los ingenieros de la N. A. S. A., que empleaba por entonces a treinta mil personas. Los Estados Unidos estaban a punto de eliminar el retraso que llevaban con respecto a la Unión Soviética.

Pero es conocida de todos la presión que hacen los militares de las tropas norvietnamitas y del Frente Nacional de Liberación que, por entonces, se intensificaron. Los Estados Unidos se vieron obligados a conceder más ayuda a Vietnam del Sur. El presidente Johnson y sus colaboradores buscaron créditos. E inmediatamente se dirigieron a los fondos de la N. A. S. A.; los senadores estaban ya un tanto cansados por una carrera espacial que consideraban «inútil y ruinosa». Los créditos de la N. A. S. A. se redujeron a cuatro mil ochocientos millones de dólares. En 1968, el presupuesto espacial americano sufrió una nueva rebaja, y la N. A. S. A. tuvo que contentarse con

cuatro mil quinientos millones de dólares.

El resultado fue que la realización de todos los grandes proyectos elaborados en 1966 quedaron en entredicho, aunque no fueron eliminados definitivamente sus estudios. La N. A. S. A. entró en conflicto permanente con los senadores, y las protestas llovieron sobre la mesa de Johnson: le ponían en guardia respecto a un predominio espacial soviético. Al mismo tiempo, la N. A. S. A. comenzó a agitarse por lios internos; en julio de 1967, uno de los responsables de los vuelos espaciales humanos, el doctor Joseph F. Shea, dimitió. Tres meses más tarde, el director adjunto de la N. A. S. A., Robert C. Seamans, llama a su vez a la puerta de la agencia. Finalmente, en enero pasado, el célebre doctor James Van Allen dio el grito de alarma: «Los Estados Unidos están a punto de abandonar a los soviéticos la conquista de otros planetas».

James Webb, director de la agencia, pensó que la N. A. S. A. había entrado en una pendiente peligrosa: en dos años se había tenido que licenciar al veinticinco por ciento del personal, los contratos de investigación y desarrollo que se habían llevado a cabo con la industria permanecían en los ficheros. Y algo aún más grave: los Estados Unidos tendrían que volver a empezar desde cero cuando hayan conseguido llevar un hombre a la Luna.

«Será preciso poner en marcha un programa totalmente nuevo mientras los soviéticos habrán seguido lanzando sus aparatos hacia los planetas y conseguido cohetes cada vez más poderosos», decía Wernher von Braun. Ponia como ejemplo el aparato que actualmente construyen los soviéticos, que